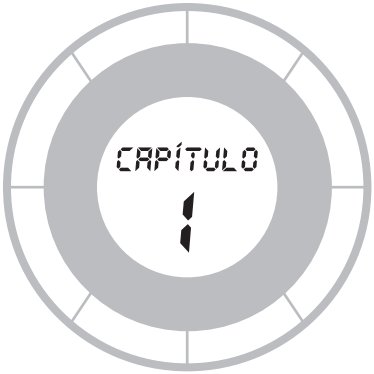

DICIEMBRE DE 1988 – EL SARGENTO SUPRA

La tarde del aquel viernes, 23 de diciembre de 1988, transcurría para el joven Iván Máldez como tantas otras tardes desde hacía mucho tiempo atrás. Para Iván, que unas semanas antes había cumplido los trece años, la poca felicidad que desde hace algún tiempo lograba obtener en su día a día provenía, en buena parte, de las largas horas que pasaba frente al televisor Telefunken Palcolor de 28 pulgadas que coronaba la pequeña sala de estar familiar, donde reproducía con su aparato VHS cintas de vídeo con episodios de diferentes series animadas provenientes de Estados Unidos. Cintas que solían contener dos capítulos de esas producciones y que traía del videoclub del barrio cuando su madre lograba hacer el enorme esfuerzo que suponía a la maltrecha economía familiar obsequiar al muchacho con las 200 pesetas que costaba su alquiler.

Iván era un chaval callado y tímido, mostraba gran inteligencia en los estudios y era apreciado y valorado por todos los profesores de su centro escolar. También era lo que podíamos llamar un solitario, un chico que no terminaba de encajar en lo social con sus compañeros ya que, en una edad en la que los jóvenes modifican en cierta forma sus costumbres y se

sumergen en la adolescencia, él prefería ordenar su cuidada colección de figuras de acción o ver las aventuras animadas de los G.I. Joe (adaptación para la televisión de una exitosa línea de juguetes que llevaba pocos meses comercializándose en España) antes que salir con chicas o jugar al fútbol. En estas dos últimas cuestiones tampoco es que Iván destacara mucho, lo que le llevaba a refugiarse en su pequeña habitación cada vez que una chica le mostraba su desprecio ante su interés en ella o en cada ocasión en que se le elegía el último en el patio del recreo para disputar algún partido, situación que solía acabar con el pobre Iván tirado en el suelo después de alguna fuerte patada de un miembro del equipo rival o, en otras muchas ocasiones, de un integrante de su propio equipo.

Iván no era en absoluto un chico popular, aunque, en honor a la verdad, el escenario triste en el que el colegio se fue convirtiendo para él a medida que fue cumpliendo años era lo que menos preocupaba al joven debido a la delicada situación que se vivía en su casa de un tiempo a esa parte.

Podríamos asegurar que la vida del chico, en sus cortos trece años de existencia, había sido una vida de contrastes: por un lado, Iván disfrutaba de su pasión por los dibujos animados, de la lectura de los tebeos de superhéroes de las editoriales Forum y Zinco que su abuela le regalaba las veces que iba de visita y de los muñecos y juguetes que había ido acumulando con el paso de los años. Su colección en ese momento estaba formada por personajes de Masters del Universo, Airgamboys, clicks de Famobil, superhéroes de PVC, algún Madelman que había rescatado del cubo de basura comunitario de su edifico arrojado allí por la madre de un vecino al que esta ya consideraba *"todo un hombre que ya no debía jugar con muñecos"*, un Marshall Bravestarr que le había prestado su primo segundo y había "olvidado" devolver y unas pocas figuras de la primera ola de personajes de la colección G.I. Joe que habían llegado a España (Surf, Ojos de Serpiente, Sombra,

Víbora y el Dr. Comecoco), colección que, después de varios años donde los Masters del Universo habían ocupado inamovibles el primer lugar en sus preferencias de juego, se había convertido en su favorita. Iván estaba encandilado con el realismo bélico, la multitud de accesorios militares y vehículos y los aguerridos y pintorescos soldados que formaban esa línea de juguetes.

—Algún día yo seré un soldado. El mejor. Digno de estar a las órdenes del sargento Duke en las filas de los G.I. Joe. — Le llegó a decir a su madre cuando esta le preguntó por qué tanto interés en esas nuevas figuras.

Por otra parte, Iván era muy consciente de que, pese a la fugaz felicidad que conseguía gracias a su universo particular repleto de héroes de plástico y papel, en los últimos tiempos había cambiado algo en su familia. El recuerdo de pasadas Navidades felices junto a sus padres en el calor del hogar, disfrutando de alegres Nochebuenas mientras esperaba impaciente la hora de terminar la cena y abrir los regalos para descubrir bajo el árbol de Navidad el Castillo de Grayskull o la Montaña de la Serpiente de los Masters del Universo, se diluía amargamente ante la certeza de que esas fiestas volverían a ser como las del año pasado o como las del anterior a ese, sin ninguna celebración especial que fuera más allá de montar la decoración navideña junto a su madre y de cantar algún villancico con ella la noche del 24 de diciembre los dos solos en su humilde casa de un barrio obrero del sur de Madrid, mientras esperaban la llegada del tercer miembro de la familia o, mejor dicho, deseando que este llegara a casa cuando Iván ya se hubiera acostado. Deseo que, sin duda, aun ocultándoselo el uno al otro, tenían tanto madre como hijo.

Mateo, el padre de Iván, se había dedicado durante años a la industria metalúrgica. Procedía de un pueblo de Extremadura, de un pequeño lugar que, como tantas otros, sufrió una importante pérdida de población durante los años sesenta con

el famoso éxodo rural que muchos jóvenes de la época decidieron emprender con la esperanza de obtener un futuro mejor. A su llegada a Madrid, en 1964, a Mateo no le costó encontrar un trabajo, estable y aceptablemente bien pagado, en una empresa llamada *"Manufacturas metalúrgicas Sánchez-Arévalo e hijos"* gracias a la recomendación de un paisano suyo, llegado a la capital un par de años antes y empleado en ella, con el que compartió labores en el campo años atrás y que habló bien de él a la familia que gestionaba el negocio destacando su formalidad, capacidad de trabajo y buena actitud. Para Mateo, eso significaba el primer y esperanzador movimiento hacía una vida feliz en la ciudad, abriéndose paso a un futuro mejor.

Mateo demostró en poco tiempo ser un trabajador de primera, dotado de todas las virtudes que le puede exigir un empleador a un asalariado: puntual, trabajador, voluntarioso cuando el exceso de trabajo exigía horas extras e interesado en aprender más sobre el oficio que desempeñaba. También era un excelente compañero, dispuesto a ayudar a los novatos en lo que fuera necesario y a suplir turnos o a doblar el suyo cuando algún otro empleado necesitaba horas libres para acudir al médico con su mujer o por si alguno de ellos recibía lo que en el taller se conocía, de forma jocosa, como "la llamada": el momento en el que telefoneaban desde el hospital para indicar a algún ilusionado futuro padre que su esposa estaba a punto de dar a luz. Eran llamadas que se recibían de manera frecuente, debido a la juventud de la mayoría de la plantilla y a los tiempos de explosión de natalidad que la sociedad española vivía en aquella época.

Para Mateo, esos momentos en los que veía cómo algún compañero abandonaba su puesto de trabajo rumbo al hospital a toda carrera lleno de ilusión y nervios, gritando ***"¡TAXI!, ¡TAXI!"*** al cruzar la puerta del taller, escenificaban perfectamente su máximo anhelo: formar una feliz familia. Una familia que él se había prometido a sí mismo sería muy diferente

de la que procedía, con una madre sometida por un padre controlador de costumbres muy antiguas y reprochables, que no dudaba en levantar la mano a su mujer ante la más mínima oposición y que no permitió estudiar a sus hijos, obligándoles, desde bien jóvenes, a trabajar la tierra y el ganado junto a él.

Mateo, que no había disfrutado de las bondades de la juventud y de sus privilegios hasta llegar a la capital, sintió en Madrid que por fin había llegado su momento. A más de trescientos kilómetros de su lugar de nacimiento se sentía en plena libertad, pese a encontrarse en la ciudad desde donde se gobernaba en dictadura militar a todo un país. Con sus padres ya fallecidos, y sin mantener relación con sus hermanos debido a una discusión por un tema de herencias, el joven extremeño sentía que nada le ligaba a su pasado y se centraba en su trabajo, que realizaba con profesionalidad, y en disfrutar los domingos, único día a la semana que el taller cerraba, tomando unas cervezas con sus compañeros en el bar El Brillante de la concurrida glorieta de Atocha, asistiendo en el Santiago Bernabéu a un derbi entre el Real Madrid y el Atlético de Madrid o acudiendo a una de las muchas salas de fiestas de la capital, lugares donde los jóvenes de la época se dejaban ver con sus mejores galas, y con algo de exceso de gel fijador en los caballeros y de laca en las damas, dispuestos a pasar la tarde bailando las canciones de más éxito del momento.

Fue en uno de esos locales de baile, que abrían al público a primera hora de la tarde y donde fuertes y baratos perfumes se mezclaban con el denso humo del tabaco, con el tintineo de hielos sumergidos en bebidas alcohólicas de diferente graduación y con el rítmico frenesí de las notas de *hits* musicales patrios y extranjeros, donde Mateo conoció a Rosa. Aquella muchacha, que por poco superaba los veinte años, atraía desde el centro de la pista de baile las miradas de todo el público masculino de la sala. El vaivén de sus caderas y sus acompasados movimientos de cabeza, sacudiendo su larga caballera

morena al ritmo del *Love me do* de Los Beatles, llamaron la atención de Mateo, que, de haber tenido conocimientos de inglés, no habría podido por más que hacer suya la letra de la canción del popular cuarteto de Liverpool.

"Someone to love, somebody new
Someone to love, someone like you
Love, love me do
You know I love you
I'll always be true
So please… Love me do
Whoa, love me do"

Los ojos del joven no podían, ni querían, apartarse de la desconocida muchacha. Desconocida por poco tiempo según se acababa de prometer a sí mismo Mateo en un ejercicio de plena autoconfianza. Con una inusitada determinación que sorprendió al propio extremeño, cuya experiencia previa con el género femenino se limitaba a algún baile agarrado en las verbenas que se celebraban en su pueblo natal y a una cita en Madrid con la prima de un compañero (que no pasaría a mayores debido al excesivo interés de la muchacha por conocer en ese primer encuentro la cantidad de tierras que la familia del chico poseía), el joven apagó con fuerza el cigarrillo que acababa de prender, terminó de un solo trago el *ron cola* que había pedido en la barra un momento antes y se dirigió hacia la danzarina e hipnótica mujer que sin duda era en ese momento el corazón de la fiesta y el alma del local.

Mientras la distancia entre los dos jóvenes se acortaba, ese primer impulso de arrojo se fue esfumando en Mateo a la vez que su mente intentaba afanosamente buscar las palabras idóneas para intentar comenzar una conversación lo suficientemente interesante para que aquella belleza detuviera su baile y le prestara atención. Sabía que su acercamiento no daría el resultado deseado si ella seguía más interesada en la melodía que sonaba en los altavoces de la sala que en lo que

él le pudiera decir. Mientras tanto, la chica se movía de forma acompasada con la música, ajena tanto al desconocido que caminaba hacia ella como a todo lo demás que sucedía a su alrededor, encontrándose en un estado que muchos podrían calificar de en trance.

Como si el destino intentara alentar aún más al joven en su intención, la canción de Los Beatles dejó de sonar y comenzaron a oírse las primeras notas del *Eres tú* del Dúo Dinámico.

"Eres tú, eres tú, eres tú, la chica con que tanto soñé…"

Mateo musitaba esa estrofa cuando llegó a la posición de la muchacha y se situó frente a ella. Durante unos segundos, que se le hicieron eternos, el joven intentó sin éxito que de su boca salieran las palabras correctas para presentarse sin resultar invasivo o molesto para aquella chica. Realmente no fue necesario pronunciar frase alguna por su parte, ya que ella, mirándole fijamente con sus ojos azules y esbozando una sutil sonrisa, movió, como vulgarmente suele decirse, la primera ficha:

—¡Hola! Creo que no te conozco. Soy Rosa.

Para su frase de presentación, la única respuesta que obtuvo Rosa del chico fue una evidentemente nerviosa sonrisa correspondiendo a la suya. Siguieron más segundos incómodos para el joven.

—¿No hablas, chiquillo?

Mateo, ajustándose el nudo de su corbata y reencontrándose con parte del valor que antes creía poseer y había dado por perdido, respondió casi balbuceando:

—Sí, perdona, yo soy Mateo. Encantado.

Rosa, ante la evidente timidez del chico, volvió a sonreír y le escrudiñó con la mirada durante un breve momento antes de continuar con las presentaciones.

—¿Me vas a hacer creer que con esa facha que te gastas te cuesta hablar con las chicas?

La pregunta de Rosa, aunque quizás osada, no dejaba de tener cierto sentido si se prestaba atención al aspecto de Ma-

teo, que con su 1,85 de altura, su cuadrada mandíbula, sus ojos verdes, su cabello negro y su físico robusto, se podía hacer muy diferente de lo que se esperaba de alguien que se dirige a una mujer en una sala de baile para tan solo poder pronunciar seis dubitativas palabras.

La mirada de Mateo, que hasta aquel instante había intentado evitar el contacto directo con la de Rosa, se levantó del suelo y se encontró con la de su hermosa interlocutora. La sonrisa del joven pasó al segundo de nerviosa a arrebatadora.

—Quizás es solo porque nunca había tenido que hablar con una chica como tú…

Rosa se sonrojó. Algo que se podría intuir no era habitual en ella.

—¡Caray con el mosquito muerto este!

Los dos rieron al unísono. Mateo estaba a punto de preguntar si podía invitarla a tomar una copa en la barra cuando la muchacha levantó su muñeca para echar un rápido vistazo a su reloj de pulsera.

—¡Qué tarde es! ¡Mi madre me va a matar! ¡Tengo que irme ya! ¡Si vuelvo a llegar a casa pasadas las diez ya puedo olvidarme de venir aquí en una buena temporada!

La ilusión de Mateo de conocer más a Rosa se esfumaba ante la certeza de que en unos momentos ella abandonaría aquel local sin la seguridad de que volverían a coincidir o de que la chica estuviese interesada en retomar la conversación en otra ocasión. La joven recogió su bolso de la mesa donde lo había dejado antes de salir a la pista de baile, se despidió de tres amigas con dos rápidos besos para cada una y se dirigió rauda a la salida de la sala. Todo esto bajo la apesadumbrada mirada de Mateo, que sentía, por algún motivo, que había perdido la oportunidad de su vida. Rosa, en su ágil marcha, pasó por delante de él sin despedirse. Ya situado a espaldas de la muchacha, Mateo observaba como esta se marchaba acelerando el

paso subida a unos zapatos de largo tacón mientras asumía que su encuentro no había despertado en ella el mismo interés que en él.

—Bueno, ha sido breve pero bonito —pensó Mateo mientras presenciaba la apresurada salida de Rosa. Aún la miraba cuando, antes de llegar la joven a la puerta del local, esta se giró rápidamente y le gritó desde allí:

—¿Pero es que no me vas a acompañar, "pasmao"?

Mateo recuperó la sonrisa y corrió hacia ella.

Al abandonar el **Club Consulado** y salir los dos a la calle de Atocha, a la altura de su número 38, Rosa y Mateo comprobaron que había comenzado a lloviznar. Permanecieron unos momentos guarecidos debajo de la marquesina que coronaba la entrada de la sala, tratando de decidir si se aventuraban a caminar bajo la lluvia o esperaban a que esta cesara. No hubo mucho debate sobre esto, ya que Rosa dejó claro que no podía llegar tarde a su casa.

—¿Vives muy lejos?—preguntó Mateo.

—¡Qué va! En Lavapiés. En la calle Tribulete, a unos diez minutos… Pero vamos a llegar empapados… ¡Cómo odio la lluvia! —contestó Rosa visiblemente contrariada por tener que recorrer el camino hacia su casa con ese mal tiempo.

Mateo se quitó la americana de su traje y la extendió sobre sus cabezas a modo de improvisado paraguas. Poco le importaba maltratar así la única vestimenta "de domingo" que poseía sin con eso lograba que a Rosa se le hiciera más agradable el trayecto a su casa acompañada por él. La charla, distendida y jovial, que los recién conocidos mantuvieron durante los poco más de quince minutos que duró el corto paseo hasta el portal del edificio donde Rosa vivía con su madre, sirvieron para proporcionarse mutuamente información el uno del otro.

Así, durante el breve trayecto, intencionadamente prolongado por los dos paseantes con un lento andar que buscaba demorar en lo posible el momento de la despedida, ella

descubrió que aquel joven procedía de Extremadura, que llevaba algo más de un año trabajando en Madrid, que era la primera vez que acudía al Consulado y que se trataba de un enamorado de las películas del Oeste.

—La semana pasada vi una nueva de un tal Clint "nosequé", 'Por un puñado de dólares' se llamaba. Eso sí que es un tío. Menuda película. Muy buena.

—Si tan buena es, quizás no te importe volver a verla conmigo un día de estos —respondió Rosa ante el evidente entusiasmo de Mateo por ese filme.

Por su parte, Mateo recibió en aquella conversación, inolvidable a la postre en la vida de ambos, algunas pinceladas sobre la vida de Rosa: era hija única, vivía sola con su madre desde el fallecimiento hacía cinco años de su padre y se había visto forzada a dejar sus estudios de secretariado y ponerse a trabajar para ayudar en la precaria situación familiar. De tal modo que la chica se ganaba la vida como limpiadora en una sucursal bancaria y realizando arreglos de ropa a vecinos y conocidos. A su llegada al portal del número siete de la calle Tribulete, situado entre una droguería y una zapatería, a los jóvenes, sin saber exactamente el porqué, les supuso cierta dificultad el despedirse.

—Bueno, supongo que toca decir adiós —dijo Mateo con una evidente tristeza que no se esforzaba en ocultar.

—Supongo que sí… Por lo menos hasta el domingo que viene cuando vengas a recogerme para ir a ver… ¿Cómo se llamaba esa película del Oeste? ¿'Por una bolsa de dólares'?

Mateo, ante la respuesta de Rosa, incrementó aún más la ya de por sí amplia sonrisa que aquella noche lucía en su rostro desde el momento en el que los dos abandonaron aquel club. Pensaba en la inmensa suerte que había tenido de poder conocer a alguien como aquella chica, tan fascinante como encantadora, a la que veía adentrarse en el largo y mal iluminado pasillo de entrada al edificio después de haber abierto con

su llave la pesada puerta de hierro del portal y despedirse de él con un tierno y sentido beso en la mejilla.

A aquella primera cita, que fue ansiosamente esperada durante toda la semana por ambos y que tuvo como testigo al mismísimo Clint Eastwood en la gran pantalla del cine Avenida de la Gran Vía madrileña, le sucedieron muchísimas más. La felicidad que sentían en aquellas tardes en el parque del Retiro, lugar donde se produjo el primer beso de la pareja, en los picnics en la casa de campo y en los mediodías de domingo de cerveza y bocadillo de calamares en la Plaza Mayor, sirvieron para que los jóvenes comprendieran que se habían enamorado. Y los largos paseos por las calles del centro de Madrid, en los que las horas pasaban volando, tejiendo planes para el mañana, les hicieron ver que quizás tenían un futuro común.

Con el transcurrir de los años, Mateo mejoró su posición en la empresa alcanzando un puesto de jefe de taller, dignamente retribuido, que llevó a la pareja a consolidar la ilusión de esos proyectos. Proyectos que, como sucedía con la mayoría de los jóvenes de finales de los sesenta y principios de los setenta, se cimentaban sobre la adquisición de una vivienda, un pequeño piso que con esfuerzo y letras por pagar les permitiera alcanzar el feliz objetivo de formar una familia.

El sueldo de él permitiría que Rosa se dedicara exclusivamente a las labores del hogar, algo a lo que ella accedió, no sin ciertas reservas, cuando Mateo le pidió casarse con él y le manifestó sus intenciones de tener descendencia cuanto antes. Rosa, aun amando a Mateo con todo su corazón, no se consideraba a sí misma la clase de mujer que podía pasar los días sola en casa limpiando el polvo, cambiando pañales y esperando la llegada de su marido al final de la jornada para servirle la cena. Pero, en cierta manera, ella sentía que eso era lo que la sociedad esperaba de la esposa de un hombre que se ganaba la vida lo suficientemente bien como para mantener a

una familia. La perspectiva de una vida feliz junto a un buen hombre como Mateo y la ilusión de ser madre fueron los únicos incentivos que necesitó Rosa para acallar ese pensamiento suyo de que ella podría tener una vida más allá de las paredes de un piso de 60 metros cuadrados.

Rosa y Mateo se convirtieron en matrimonio una calurosa mañana de domingo de julio de 1974, pocos meses después de recibir las llaves del piso que juntos compraron años atrás sobre plano y después de nueve de largo noviazgo, algo que era habitual en aquella época, los dos últimos de ellos comprometidos.

El 20 de noviembre de 1975 llegaba al mundo el hijo de la pareja, en un revolucionado día para toda España debido al fallecimiento del dictador Francisco Franco, noticia que poca importancia tuvo para Rosa y Mateo, en un sentido u otro, debido a la inmensa felicidad que sintieron cuando tuvieron a su pequeño en brazos. La pareja decidió llamar a su vástago Iván, en honor a Ivanhoe, personaje interpretado por el actor Roger Moore en un serial televisivo que los dos habían disfrutado en su juventud en los primeros años de la televisión española. Ninguno de los dos tenía la fortuna en aquella época de poseer en sus hogares un televisor, pero gracias a un acaudalado y generoso vecino del pueblo que le invitaba a ver la serie en el caso de él y de una tía soltera que ahorró durante tres años para hacerse con un flamante aparato receptor de TV en el caso de ella, los dos conocieron las aventuras del héroe medieval en su primera emisión en España.

A diferencia de sus padres y gracias al buen empleo que su progenitor poseía, el pequeño Iván sí que disfrutó de un televisor en su casa mientras crecía. Y se trataba nada menos de un aparato en color en una época en el que lo más habitual en el país aún era que los televisores de los hogares fueran en blanco y negro. Eso permitió al niño quedarse hipnotizado delante del aparato el 4 de marzo de 1978, cuando con algo

menos de dos años y medio de edad descubrió los dibujos animados de *Mazinger Z*, con aquella pegadiza sintonía musical y su paleta de atractivos colores que tan típicos vemos ahora en las producciones japonesas animadas de la época.

—Vaya, parece que esto le gusta al enano —comentó Mateo a su esposa mientras ella sonreía al ver la mirada fija y asombrada del niño frente al aparato.

Iván fue un hijo querido y feliz. El destino quiso que la pareja no tuviera más descendencia, lo que convirtió al pequeño en el ojito derecho también de su abuela materna. Cualquiera que hubiese sido testigo de aquellos primeros años de Iván, podría dar fe de que esa mujer fue la que sembró la semilla del amor a las figuras y muñecos que el chaval desarrollaría a lo largo de su infancia. Todo empezó con una figura Big Jim de Mattel, distribuida en España por la juguetera Congost y que venía provista de una "acción de lucha" que permitía a la figura dar un golpe de karate. El pequeño Iván recibió el día de Reyes de 1979 esta figura de manos de su abuela, asegurándole esta que el magnífico juguete lo habían dejado en su casa la noche anterior sus majestades de Oriente. Meses después, en su cumpleaños, la mujer le obsequió con un Geyperman aventurero, una imponente figura de acción armada con una ametralladora Sterling y un revolver, fabricada por la empresa Industrias Geyper.

Rosa no veía del todo con buenos ojos ese tipo de regalos para su hijo, ya que consideraba que aún era muy pequeño para este tipo de juguetes de corte bélico y tan violentos. Aun así, la alegría de Iván cuando recibía estos muñecos y lo felizmente sorprendido que se mostraba con los atributos de estos personajes— **¡Este tiene barba y pelo de verdad, mamá! —**hacían que su madre hiciera la vista gorda y le permitiera jugar con ellos.

Con el paso de los años Iván fue engrosando su colección con nuevas figuras, aunque perdería aquellos primeros muñecos que le regaló su abuela en unas vacaciones en Santander

durante el verano de 1983, en la playa de la Magdalena, de una forma algo misteriosa que nunca se explicó. Se trató de una desaparición extraña que para sus padres tenía un único sospechoso: Arno, un niño alemán que se encontraba de vacaciones en España con sus progenitores y con el que Iván hizo buenas migas desde el primer día que se conocieron. En aquel primer encuentro y a los dos minutos de saludarse, ya se pusieron a edificar conjuntamente castillos en la arena. A Iván y Arno no les importaba no entender nada del idioma que hablaba el otro. Ya sabemos que, para los niños (y de eso deberíamos aprender los adultos) el idioma o las diferencias culturales no son nunca motivo de desentendimiento.

Iván, confiando ciegamente en su nuevo amigo germano, no hizo caso de las insinuaciones de Mateo y Rosa sobre la culpabilidad de Arno en la desaparición de sus muñecos y prefirió pensar que sus queridos Big Jim y Geyperman habían sido reclutados para una peligrosa misión en alguna isla desierta dominada por algún científico loco, asumiendo que en algún descuido los dos aguerridos soldados de juguete habían abandonado el bolso de playa en el que su madre los transportaba y se habían sumergido en las profundidades del mar Cantábrico donde les esperaba un transporte submarino.

Iván encontraba así solución a sus problemas. Prefería imaginar escenarios felices antes que afrontar directamente cualquier adversidad que se le presentase, por nimia o grande que esta fuera. Si algo molestaba o preocupaba al pequeño, como podían ser las situaciones difíciles que vivía en el colegio debido a las constantes burlas por su personalidad soñadora y tímida o alguna regañina en casa causada por una trastada realizada, él se refugiaba en los dibujos animados que emitían en la primera cadena de televisión, o se consolaba recreando escenas de las películas del Oeste que veía con su padre utilizando para ello sus clicks de Famobil de la gama *far-west*, o simplemente se abstraía leyendo tebeos. Una pasión que descubrió a

la vuelta de esas vacaciones cuando su padre se detuvo camino de Madrid en una destartalada estación de servicio a repostar carburante para su Seat Mirafiori y le compró allí un tebeo de Spiderman de Cómics Forum, una nueva editorial que había empezado meses antes a publicar los cómics Marvel en España. Perdido en su universo particular y creando de forma fantasiosa las reglas de este, Iván encontraba la fuerza necesaria para superar esos problemas que, para él, eran menos acuciantes si echaban *Los Pitufos* o *D'Artacán y los tres mosqueperros* en la tele, si se tendía en el suelo de su cuarto a jugar con sus muñecos o si podía sentarse a leer el último número de *La Masa*.

Meses después de aquel verano en el que perdió a sus primeros amigos de juguete, ya en marzo de 1984, cuando Iván contaba con ocho años, llegaron a su vida los Masters del Universo.

Los Masters del Universo fueron sin duda una de las colecciones de juguetes de los años ochenta del siglo XX más populares entre los niños. A España llegaron a comienzos de ese año, a través de la empresa patria Congost que contaba con licencia de la juguetera norteamericana Mattel para la fabricación y distribución local de sus artículos. Se comercializaron con una fuerte campaña publicitaria que contó con expositores que mostraban artes de la colección en los grandes almacenes, con tótems de cartón representando en gran tamaño a los personajes más importantes de la colección (el héroe He-Man y su acérrimo enemigo Skeletor) a la entrada de las jugueterías y con atractivos anuncios televisivos que representaban de manera fascinante el ficticio planeta Eternia en el que se desarrollaban las aventuras y batallas de los "guerreros heroicos" y "guerreros diabólicos" que lo poblaban. Comerciales para televisión que, buscando transmitir más épica aun, eran narrados por la poderosa voz del presentador y actor de doblaje Constantino Romero, uno de los rostros televisivos más conocidos en aquel momento.

Era imposible que, si en aquel momento se era un niño con una edad apropiada para interesarse por las figuras de acción, uno no se sintiera atraído de manera inmediata por la propuesta de esos juguetes que prometían mezclar la fantasía bárbara al más puro estilo 'Conan' con conceptos de ciencia ficción del tipo 'Flash Gordon'. Iván, del que sabemos ya era un completo enamorado de los muñecos y héroes de plástico, no fue ajeno al constante bombardeo publicitario que Congost/Mattel dedicó a Masters del Universo en su lanzamiento en España. Una tarde, mientras regresaba del colegio de la mano de su madre paseando los dos por delante de aquellos establecimientos y tiendas de barrio que les servían de escenario de su vida cotidiana como la carnicería de Fernando, la farmacia de Pepe o la mercería de la señora Montse, Iván manifestó a su progenitora el deseo de que, a partir de ese momento y hasta nueva orden, todos los futuros regalos que recibiera por cumpleaños o buenas notas fueran personajes y vehículos de los Masters. —**Y el Castillo de Grayskull se lo pedimos a Papá Noel, mamá —**. Rosa sonrió ante la ilusión e inocencia de su hijo. Como única respuesta a su petición, Iván recibió un fuerte beso en la mejilla.

Los Máldez estaban lejos de ser una familia pudiente, pero el trabajo de Mateo en el taller garantizaba que no faltaran un plato en la mesa, ropa en el armario y regalos (con mesura) para el pequeño, que vio cumplido su deseo cuando recibió la figura de He-Man como regalo por las buenas calificaciones que figuraban en su cartilla de notas al finalizar el curso escolar y llegar el verano.

Pronto dejaría He-Man de estar solo en la Eternia particular del chaval cuando su abuela le regaló el muñeco de Skeletor por su santo. Iván, con sus dos musculados y plásticos personajes, ya podía representar en su habitación la lucha constante entre el bien y el mal que sufría aquel planeta fantástico y lejano que mostraban los anuncios de la tele.

Al llegar la Nochebuena y después de la cena familiar, el niño entró al aseo a lavarse las manos. Al salir de él, se encontró con la majestuosa caja del imponente Castillo de Grayskull debajo del árbol de Navidad. Pura magia obrada por Papá Noel.

—¡Papá! ¡El Castillo de Grayskull! ¡Te prometo que cuando he pasado antes por delante del árbol no había nada! ¡Papá Noel ha estado aquí ahora mismo!

Mateo, entre risas, se agachó para abrazar a su entusiasmado hijo. Alzó la mirada hacia Rosa y le guiñó un ojo a esta de manera cómplice.

En una noche normal y exceptuando los viernes y los sábados (días en los que el matrimonio permitía a su retoño que se acostara más tarde si emitían un programa apropiado para él en la televisión, como sucedió cuando programaron la primera película de Superman en *Sábado Cine*) Iván debía estar en la cama como muy tarde a las 21:30 horas. Pero la noche del 24 de diciembre se le permitía al pequeño disfrutar de sus regalos hasta bien entrada la madrugada, en una especie de divertido ritual en el que sus progenitores le ayudaban entre risas con el montaje habitual (y en ocasiones complicado) que necesitaban algunos juguetes. Ritual que se había repetido año tras año desde que en 1982 los Reyes Magos de Oriente le cedieron a Papá Noel el deber de entregar al pequeño sus regalos de Navidad. Al parecer, según le comentaron sus padres, Rosa y Mateo, habían intermediado entre el gordinflón procedente del Polo Norte y los monarcas mágicos para que se llevara a cabo este traspaso de poderes con el fin de que Iván pudiera disfrutar de sus obsequios durante todas las vacaciones de Navidad y no solo el 6 de enero, ya que el día 7 había que regresar al colegio.

Pese a los ya mencionados molestos problemas con sus compañeros de escuela, se puede asegurar que fueron tiempos felices para el niño, que alcanzó los once años en noviembre de 1986 sin perder un ápice de su interés en los juguetes,

los dibujos animados y los tebeos. Su colección de personajes y vehículos de los Masters del Universo iba en aumento, de forma lenta pero constante, gracias a los regalos que recibía en las ocasiones especiales por parte de su familia. La balda del pequeño mueble de su habitación dedicada a los tebeos crecía en contenido (dentro de los límites que le marcaba su escasa paga semanal de 125 pesetas) debido a los nuevos lanzamientos que realizaba Cómics Forum. Además, ese fue un año importante para Iván en eso de descubrir nuevas series animadas ya que llegó al hogar de los Máldez un flamante aparato VHS marca AKAI. Un electrodoméstico que, pese a tratarse del reproductor de vídeo más barato del mercado (aunque su precio sería casi el salario de un mes de Mateo), era suficiente para permitir disfrutar a Iván de las aventuras animadas de He-Man y los Masters del Universo que se alquilaban en videocasetes y de otras series de dibujos animados que no se emitían en la televisión española en ese momento (como *Galaxy Rangers* o *Cazafantasmas* de Filmation) pero que sí llegaban a los videoclubs.

La paz y el refugio personal que sus tres aficiones principales aportaban al muchacho le permitían afrontar todo lo malo que pasaba en la escuela sin preocupar a sus padres o, mejor dicho, sin avergonzarse ante ellos, ya que el niño mal entendía que la culpa de lo que le sucedía era suya por no encontrar el valor para enfrentarse a sus acosadores. Con los años, las burlas a las que los compañeros le sometían empezaron a acompañarse de agresiones físicas de forma cada vez más habitual. Con el fin de ocultar a su familia lo que sucedía, Iván se acostumbró a mentir en casa: si regresaba con algún moratón provocado por el golpe de un abusón, les explicaba a sus padres que su herida se había producido en una torpe caída jugando al fútbol y si en el patio le robaban el Phoskito que su madre le había comprado para el recreo en la panadería de la señora Charo, el chico aseguraba que se había comido el

pastelito, pero que había perdido la pegatina de superhéroes que dentro de él se incluía como regalo.

Eran momentos difíciles para él, pero Iván solo necesitaba a sus héroes fantásticos de plástico, papel o animación y a sus padres, sus héroes reales, para olvidar lo malo y sentir que pese a todo lo que sufría en el colegio su vida era feliz. Y así lo fue realmente hasta una fatídica mañana de viernes de primeros de diciembre de 1986. El día en el que todo empezó a cambiar.

El Iván de diciembre de 1988, que ya contaba con trece años y empezaba a entender lo que nadie le explicaba, no tenía ninguna duda de que aquella tristeza dolorosa que se sufría de manera continua en su casa desde hacía tiempo y de la que trataba de evadirse a modo de válvula de escape con dibujos animados, con muñecos y con tebeos, encontraba su origen en ese maldito viernes de diciembre de 1986.

El muchacho recordaba que esa mañana no había acudido al colegio, ya que llevaba unos días con dolor de garganta. Su madre decidió que se quedara en casa después de detectarle unas décimas de fiebre con el termómetro de mercurio que se guardaba en el pequeño botiquín casero escondido en el mueble detrás del espejo del cuarto de baño. Iván, que no se encontraba realmente tan mal como para no poder disfrutar de pasar un día entero leyendo tebeos sin sufrir a sus compañeros de aula, recibió con una mal disimulada alegría la decisión de su madre, recogió raudo el número doce del *Capitán América* de Cómics Fórum que había dejado la noche anterior sobre la mesa del salón y que ya había releído unas cien veces (una interesante aventura que mostraba al Capitán con la incertidumbre de lo conveniente o no de postularse como candidato a la presidencia de Estados Unidos) y se dirigió a su habitación para introducirse de nuevo en su cama y arroparse con una pesada pero confortable manta, complacido con el calor agradable que arrojaba la bolsa de agua caliente que su

madre acababa de colocar a sus pies. Al poco rato de estar sumergido en la lectura de uno de sus tebeos favoritos, Iván sintió cómo la puerta de entrada de la pequeña vivienda se abría. Al oír a su madre hablar, entendió que era su padre el que acababa de llegar a casa a una hora nada habitual en la que supuestamente debía de encontrarse trabajando.

—¡Mateo! ¿Qué haces en casa a estas horas? ¿Sucede algo? —escuchó Iván desde su cuarto. No pareció que la pregunta de Rosa obtuviera respuesta.

—¿Mateo? ¿Cariño? —Iván volvió a oír hablar a su madre. La contestación para Rosa tardó en llegar más de lo esperable en los tiempos de una conversación que pudiéramos considerar normal. Después de un largo silencio, desde la habitación se oyó a Mateo emitir su respuesta con voz quebrada:

—Me han despedido, Rosa. A mí y a toda la plantilla. Después de tantos años nos echan. Cierran el taller. Veintidós años. veintidós malditos años… ¡Me echan después de veintidós años dejándome la piel para esa familia de explotadores!

Mateo emitió un gritó de pura rabia. Un grito tan alto que Iván, en la cama, se sobresaltó y soltó el tebeo que tenía entre las manos. Era la primera vez que notaba a su padre enfadado de esa manera, incluso si tenemos en cuenta las pocas veces en las que le cayó alguna riña por su parte. Casi se podía decir que al pequeño le costaba reconocer el timbre de voz de Mateo entre esas crecientes maldiciones y sonoros lamentos que provenían del pequeño vestíbulo donde se estaba manteniendo tan desagradable conversación. Las paredes de la casa retumbaban con los fuertes insultos a quienes habían sido sus empleadores.

Rosa, que también veía a Mateo en un estado que nunca había conocido en él en los más de veinte años que llevaban como pareja, trató de tranquilizar a su alterado marido y le suplicó, mientras agarraba con ternura su mano, que recuperara la calma, advirtiéndole que Iván se encontraba en su habitación y seguro estaría escuchándole.

Mateo, en el momento en que comprendió que su hijo estaba en casa, cesó sus exabruptos y se dejó caer de rodillas en el suelo. Alzó la vista y miró con profunda tristeza a Rosa sin soltar su mano. Bajó el tono de su voz hasta lo que era casi un susurro, intentando evitar así que Iván le escuchara.

—Mi pequeño… —Le dijo a su esposa, entre lágrimas y de una forma prácticamente inaudible que solo podría escuchar ella.

—¿Ahora cómo pagamos las facturas? ¿Cómo puedo garantizar que no le va a faltar de nada? Seré un fracaso como padre…

—Cariño… Mi vida… —Le respondió Rosa mientras le abrazaba, intentando recomponer a aquel hombre al que por vez primera veía roto y frágil**—. Saldremos de esta. Seguro. Es solo un bache. Juntos podemos con todo.**

Las condiciones del cierre del taller de metalurgia donde trabajaba Mateo dificultaban el garantizar cierta estabilidad al futuro de la familia. Al tratarse de un cierre por cese de negocio, a los trabajadores no les correspondía ningún tipo de indemnización más allá del exiguo y temporal subsidio por desempleo. Al parecer, los hijos del propietario del taller no querían hacerse cargo de él a la jubilación de su padre debido a que, según explicaron a los empleados en su despido, la sociedad generaba cada año menos beneficios a raíz de las consecuencias de la crisis del petróleo sufrida en 1973.

Esa perspectiva incierta empezó a pasar factura en casa de los Máldez. La decisión de Rosa de volver a trabajar, al menos hasta que Mateo consiguiera un empleo, generó fricción en el matrimonio. Mateo no tuvo más remedio que aceptar, a regañadientes y forzado por los gastos cotidianos que empezaban a ser difíciles de afrontar, el ver a su querida esposa fregar suelos en comunidades de vecinos y limpiar comercios del barrio.

La ponzoñosa idea de que había fallado a su familia comenzó a hacer mella en el anteriormente afable y cordial Mateo, convirtiéndole poco a poco en una persona triste, apagada, sumamente irritable e incluso modificando sus costumbres. El antiguo feliz padre y marido pasó de preferir compartir tiempo con los suyos a dejar transcurrir largas horas en la barra de cualquier bar, bebiendo grandes cantidades de alcohol, muchas más de lo que se podría tener por aceptable, para intentar sobrellevar el ser la decepción para su familia en la que él creía haberse convertido. Viéndose a sí mismo como la sombra del hombre que había sido y que creía no volvería a ser jamás, Mateo se sumergió cada vez más en una rápida y contaminada espiral autodestructiva.

Rosa e Iván se convirtieron en testigos no deseados del descenso a los infiernos de Mateo y en injustas víctimas de su creciente ira interior. De nada servían los intentos de la mujer por hacer comprender a su marido que quizás solo estaban viviendo una mala situación temporal, algo que seguro pronto pasaría. Le argumentaba que no había nada de indigno o vergonzoso en que ahora fuera ella la encargada de llevar algo de dinero a casa y le aseguraba que, ya que eso parecía molestarle tanto, podrían valorar el que Rosa dejara de trabajar cuando Mateo encontrara un empleo. Esas conversaciones entre los dos se volvieron algo cíclico, eran charlas que se repetían cada noche cuando el hombre volvía a casa malhumorado e irascible por no haber encontrado un puesto de trabajo. Explicaba a su esposa que la crisis continuaba, que se encontraba con un portazo cada vez que llamaba a la puerta de alguna fábrica o taller y que nadie estaba contratando personal. Que eran tiempos difíciles para conseguir empleo, que no era culpa suya, que sus antiguos compañeros estaban pasando por la misma situación.

Rosa, buscando controlar el cada vez más volátil temperamento de su esposo, siempre intentaba mostrar un apoyo

incondicional hacía él, tratando de hacerle ver que ni ella ni nadie le culpaban de la delicada situación que estaban atravesando, intentando que comprendiera que unidos superarían ese difícil momento. Mateo, ebrio cada vez con más frecuencia, creía ver una lastimosa compasión en las medidas y sensatas palabras de Rosa. Algo que, lejos de tranquilizarle, le enfurecía de una forma que ni él mismo llegaba a comprender. Aun no entendiendo plenamente de dónde podía venir esa cólera interior, Mateo dejó crecer esa ira y la alimentó día tras día con una peligrosa mezcla de ego, sufrimiento y alcohol. Llegó hasta el punto de dejar de mirar a su mujer con cariño y ternura y comenzó a utilizar palabras despectivas para referirse a ella.

En sus atormentados pensamientos, Mateo buscaba justificarse a sí mismo ese cada vez más cruel comportamiento. Al fin y al cabo, siempre había sido él la columna sólida sobre la que se sostenía su hogar y esa posición ahora estaba amenazada… ¿Acaso pensaba Rosa que podía ocupar su papel como eje central del núcleo familiar? Esa buena para nada… ¿podría encargarse de llevar comida a la mesa? Si le pagaban prácticamente una miseria por pasar la fregona en portales… Qué se habría creído esa mujer.

¿Y su hijo Iván? Apenas podían llegar a fin de mes y ese maldito crío no dejaba de pedir dinero a su madre para comprar sus tonterías. Que si ahora un tebeo, que si dame dinero para bajar al videoclub a por una cinta de dibujitos, que si quiero un muñeco que he visto en la juguetería San Diego… Y su madre siempre consintiéndolo, convirtiéndolo en un malcriado. Que ***así sufre menos por nuestras discusiones, sus cosas le hacen bien*** dice la idiota de su madre. Él a la edad de ese niñato ya estaba trabajando la tierra. Su padre jamás habría consentido ese comportamiento en su casa. Quizás eso es lo que le hacía falta al crío… Un poco de mano dura que le ayudara a convertirse en un hombre.

Esos pensamientos hirientes, para él y los suyos, que Mateo intentaba ahogar coñac tras coñac, le fueron consumiendo día a día hasta que poco quedó del cariñoso padre y feliz y ejemplar marido que fue hasta aquel viernes de diciembre de 1986.

Para Iván y su madre hubo dos momentos clave que evidenciaron que nada volvería a ser como era antes. El primero de ellos sucedió durante las Navidades de ese año, a las pocas semanas de haber perdido el empleo, cuando Mateo olvidó comprar el regalo de Navidad de su hijo y, en lugar de pasar la Nochebuena en casa, decidió bajar al sucio bar de mala fama que se encontraba al final de su calle. Regresó de madrugada, cuando la familia ya se encontraba durmiendo, totalmente borracho y maldiciendo su suerte a gritos. Golpeando con furia las paredes del domicilio y despertando a los vecinos, que amenazaban desde sus casas con avisar a la policía. Rosa tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por tranquilizar a su esposo y, por un momento, la mujer llegó a pensar que este podía golpearla dejándose llevar por la ira.

Pero para Rosa eso no era algo que llegara a ser posible, Mateo la amaba y hasta esos duros momentos siempre la había tratado con cariño. Jamás podría hacer algo así. Tan solo estaba pasando una mala racha. Acababa de perder su empleo, era la Navidad más difícil que había pasado la familia. Todo volvería a su cauce, tan solo se necesitaba un poco de fortuna.

La tan deseada suerte de Mateo se mostraba esquiva y eso acabó también con la de Rosa, que dejó de ser una esposa querida y feliz a estar casada con un colérico hombre que cada vez la trataba con menos respeto, usando contra ella las palabras más duras imaginables.

Y así llegamos al otro momento crucial que evidenció a madre e hijo que su padre había dejado de ser aquel hombre bueno, dedicado y cariñoso que nunca les había fallado. El día en que la vida les demostró que nada volvería a ser igual, que se

había acabado la aparentemente eterna felicidad que los Máldez habían disfrutado en tiempos pasados: el 18 de junio de 1987. El día en que el Mateo que habían conocido en un pasado más amable dejó de existir completamente. El día en el que Rosa tuvo que aprender a poner excusas ante los vecinos por un ojo amoratado o un visible golpe en su cara. El día en el que Iván comenzó a odiar a su padre y a llorar cada vez que recordaba a aquel hombre afable que anteriormente este había sido.

Aquella noche Mateo volvió a llegar tarde a casa. Sus pasos torpes y su soliloquio incoherente, causados por una nueva borrachera, se escuchaban dentro del piso procedentes del descansillo de la escalera. Rosa e Iván cenaban, una noche más y tratando de economizar en los gastos de la casa, una porción de queso coronado con un minúsculo trozo de dulce de membrillo.

Después de varios intentos por abrir la puerta del domicilio, dificultados por un estado de alta embriaguez, Mateo logró entrar en la vivienda. Rosa, sentada junto a su hijo a la mesa, no pudo evitar mostrar una expresión de asco al percibir el fuerte olor a alcohol barato que desprendía su marido y que ya se notaba incluso antes de que este atravesara el corto pasillo del recibidor y accediera al salón. A Iván, que observaba con mirada asustada como esa figura temblorosa de aspecto desaliñado y rostro famélico entraba en la pobremente iluminada estancia caminando a trompicones hacia ellos, le habría costado mucho asegurar a alguien que esa persona era su padre. No había coincidido con él en semanas, ya que se acostaba siempre antes de que este llegara a casa, aunque muchas noches escuchaba las discusiones entre sus padres desde la cama. Cuando eso sucedía, tratando de evitar oír los terribles insultos que su padre lanzaba contra su madre, Iván se colocaba los auriculares de su viejo *walkman* y escuchaba las canciones de Michael Jackson que tenía grabadas de varias emisoras de radio en una cinta de casete marca TDK.

Iván, a diferencia de Rosa, no había sido un testigo tan directo de la transformación sufrida por su padre. En los últimos meses este se había convertido para él en una sombra esquiva con la que se encontraba alguna vez al salir del baño o en un bulto cubierto con una manta que se entreveía dentro de la habitación del matrimonio. Su padre ya no pasaba nada de tiempo con él ya que, cuando Iván estaba en casa, Mateo siempre se encontraba fuera. Iván llevaba tiempo sin ver a su padre y aquel hombre que acababa de entrar en su casa le parecía una versión bizarra y deformada de la persona que había sido hasta tan solo seis meses antes.

—¿Papá? —preguntó Iván, casi esperando que aquella figura tambaleante se identificara como otra persona.

—Cállate, niñato inútil —contestó de manera tajante un visiblemente ebrio Mateo.

Iván agachó la cabeza atemorizado y confuso ante la respuesta tan tajante de su padre. Aunque trató de contenerlas, no pudo evitar que dos enormes lágrimas cayeran por sus mejillas. Jamás se había sentido tan pequeño. Tan vulnerable.

—¿Cómo te atreves a hablar a tu hijo así, Mateo?—Rosa se levantó disgustada de la mesa y se dirigió a su marido visiblemente enfadada—. **A mí puedes decirme lo que quieras, he aprendido a aguantar lo inaguantable, pero a Iván le tratas con el respeto que se merece.**

Mateo, con sorprendente velocidad dado su ebrio estado, agarró con fuerza la muñeca de su mujer**—¿Y tú me hablas de respeto? —**El horrible aliento a coñac del hombre repugnaba a su esposa, que lo sentía en su rostro mientras este la arrastraba con violencia contra él—. **¿Tú? ¿Tú que me has perdido todo respeto y me ridiculizas cada día fregando escaleras? ¿Dejando claro a todo el barrio que no soy capaz de mantener a mi familia? —**Mateo levantó su brazo en un gesto colérico—. **¿Y te atreves a pedirme respeto para este niñato al**

que has convertido en una nenaza que solo sabe ver dibujitos animados de mierda y jugar con muñequitos?

Rosa sintió verdadero terror al ver el desencajado rostro de su marido, con su mirada repleta de ira y odio. Ella no había querido creer que llegaría a vivir un momento así, pese al comportamiento de Mateo los últimos meses, aunque una parte de sí misma ya sabía desde hacía tiempo que aquel alcohólico que vivía con ellos había dejado de ser el hombre que conoció aquella tarde en la sala Consulado y del que se enamoró muchos años atrás. Esa violenta persona, tan desconocida para ella en ese instante, era capaz de cualquier cosa. Ya no había nada de amor en Mateo hacia su propia familia. Solo rencor, solo sinrazón.

El angustioso miedo a lo que Rosa tenía la certeza estaba a punto de suceder, no le impidió pensar, ante todo, en la seguridad de su hijo Iván, que se encontraba contemplando horrorizado la pavorosa escena mientras lloraba y le suplicaba a su padre que soltara el brazo de su madre. **—"Por favor, papá, me portaré mejor, pero suelta a mamá." —"Por favor, papá, te lo suplico"**.

—¡Ve a la habitación y echa el pestillo, Iván! —Alcanzó a gritar Rosa justo antes de que las frías manos de Mateo la agarraran del cuello, el mismo cuello que, tan solo unos meses antes, recibía dulces besos de aquel hombre.

El niño dudó por unos instantes, sin saber qué hacer para ayudar a su madre. Lloraba desconsolado.

—¡Corre, Iván! —Volvió a gritar Rosa como pudo mientras las manos de Mateo apretaban su cuello.

—¿Crees que voy a hacer daño a mi propio hijo? ¿Crees que soy un monstruo, maldita? —Le espetó un fuera de sí Mateo. **—¡Eres tú quien se merece una lección por haberle convertido en un mimado consentido!**

Iván, no encontrando una forma de ayudar a su madre, corrió hasta su habitación. Cerró la puerta tal y como Rosa

le había indicado y se escondió con su *walkman* debajo de la cama, se colocó los auriculares y pulsó la tecla play. Mientras en el reproductor de cintas de casete portátil sonaba la canción *Thriller* de Michael Jackson, Iván escuchó un golpe secó procedente de la sala de estar. Subió el volumen del aparato. Pudo escuchar otro golpe. Subió al máximo el volumen hasta un punto que casi era ensordecedor. Ya no se escuchaba ningún golpe. Tan solo el estribillo de una de sus canciones favoritas:

"'Cause this is thriller, thriller night
And no one's gonna save you from the beast about to strike
You know it's thriller, thriller night
You're fighting for your life inside a killer, thriller tonight…"

Al lado de la cama, en el suelo de la habitación, se encontraba la figura de He-Man que su padre le regaló tres años atrás por sus buenas notas. Alargando el brazo, sin abandonar su improvisado refugio, el niño alcanzó el juguete y lo colocó sobre él, abrazando al pequeño personaje de plástico**—. He-Man, tú nunca dejarías de ser un héroe. Tú nunca te volverías alguien malo —**dijo Iván entre sollozos.

Iván dejó que el casete se reprodujera hasta el final, sin parar de llorar ni un instante durante los 60 minutos de duración que tenía la cinta. Cuando finalizaron las canciones grabadas, casi ya en la madrugada, el chico comprobó que ningún sonido se escuchaba en la casa. Debajo de la cama, con sus ojos hinchados del ininterrumpido llanto y abrazado aún a la figura de acción, el sueño logró vencerle.

A la mañana siguiente el pequeño despertó y salió de debajo de la cama, se incorporó y deslizó lentamente el pestillo de la puerta que tenía su reducida habitación. Con mucha cautela, y tratando de no provocar ningún tipo de ruido, se dirigió a la cocina, desde donde se emitían los característicos sonidos que se provocaban cuando su madre preparaba el desayuno, como el tintineo del movimiento de la cuchara de metal en el vaso de

Cola Cao y el sonido del agua caliente cayendo en la cafetera al ir llenándose la jarra del café. Al abrir la puerta de la cocina, Iván encontró a su madre tal y como la veía cada mañana, con su bata de boatiné azul y su pelo recogido descuidadamente en una coleta. Todo parecía absolutamente normal. Todo menos los visibles cardenales en el cuello de su madre y el enorme hematoma que sufría en su ojo derecho.

Al girarse Rosa hacía su hijo al sentirle entrar en la cocina, corrió hacia él para abrazarle.

—Iván, cariño mío, siento lo que pasó ayer... Lo siento de veras, vida mía —dijo Rosa entre lágrimas a un Iván que no entendía por qué su madre le pedía perdón cuando fue su padre el que actuó de manera tan agresiva y malvada.

—Mamá, tú no has hecho nada... Ha sido papá. Él... él ya no es bueno con nosotros.

—Cariño —contestó Rosa—**, ayer tu padre perdió el control, no se portó bien, pero me ha prometido que nunca volverá a hacer algo así. Está muy arrepentido. Por favor, cariño, no le cuentes a nadie lo que ha pasado. Somos una familia fuerte, juntos vamos a superar esto.**

Iván habría querido creer a su madre con todas sus fuerzas y perdonar a su padre. Pero no podía. Sentía que su padre podría volver a lastimarla.

Dos semanas. Ese fue el corto espacio de tiempo que transcurrió hasta que Mateo volvió a maltratar a Rosa. En esta ocasión Iván no vio nada, pero escuchó los golpes desde su habitación mientras estaba leyendo a escondidas debajo de la manta, ayudado por una pequeña linterna, un tebeo de *Transformers*. Al percatarse de lo que estaba sucediendo, el muchacho corrió desde su cuarto al dormitorio de sus padres con la intención de abrir la puerta y tratar de socorrer a su madre. Quizás era solo un niño, pero ya comprendía lo que sucedía en su casa y era capaz de identificar en su padre esa evidente maldad que ahora le poseía.

Los golpes pararon antes de que Iván colocara su mano sobre el pomo dorado de la puerta con la intención de entrar en la habitación matrimonial. Desde el otro lado, Iván escuchó hablar a su padre. Se le percibía borracho, pero no hablaba con sus tan últimamente habituales gritos. Era más bien una frase pronunciada con pausa y determinación, en un tono amenazante y cargado de pura rabia:

—Si se te ocurre irte de casa con el crío soy capaz de mover cielo y tierra para encontraros... Y puedo hacer una locura. No quieras ponerme a prueba.

El niño escuchó con claridad responder a Rosa, aún con su voz quebrada:

—¿Al final también serás capaz de hacer daño a tu hijo?

La contestación de Mateo se inició incluso antes de que Rosa terminara su desesperada pregunta.

—Si ese niñato o tú me complicáis aún más la vida, soy capaz de todo.

La siniestra advertencia de Mateo paralizó a Iván, que permaneció unos instantes de pie ante la puerta de la habitación de sus padres inmovilizado por un desmesurado pavor como nunca había conocido. Su corazón, que palpitaba a un ritmo frenético, parecía capaz de ser expulsado por su boca en cualquier momento. Su cuerpo se llenó de un sudor frío y sentía cómo sus piernas perdían la capacidad de sostener su delgado cuerpo. El terror le estaba consumiendo, pero logró sacar fuerzas de la nada para correr a su habitación y volver a introducirse en la cama. Sin saber el porqué, en un gesto mecánico, volvió a coger el cómic que había dejado entre las sábanas. Nervioso, empezó a leerlo de nuevo, desde el principio. Iván quería correr lo más lejos posible de allí y llevarse con él a su madre, pero, al no ser eso posible, su subconsciente le pedía refugiarse en las páginas de aquel tebeo que narraba las aventuras de los robots transformables Autobots en su lucha contra los malvados Decepticons.

Al llegar a la tercera página, en la que una enorme y detallada viñeta mostraba al heroico Optimus Prime encañonando con su enorme arma al líder Decepticon Megatron, los rápidos latidos del pequeño se normalizaron. Sus pensamientos, de una forma catártica, lograron marchar lejos de esa pequeña habitación y del tremendo pánico que le atenazaba, imaginando Iván que él era el importante aliado humano de los Transformers a su llegada a la Tierra desde el lejano planeta Cybertron. Su mente había vuelto a encontrar la forma de alejarse de un problema, aunque se tratara de algo tan desmedido como el horror que ahora dominaba su vida...

UN TIEMPO MÁS TARDE, VIERNES 23 DE DICIEMBRE DEL AÑO 1988

Un año y medio de maltrato continuo para Rosa. Un año y medio soportado estoicamente por el miedo a que su hijo sufriera algún daño a manos de aquel ser vil con el que forzosamente compartían techo. Un año y medio de dolor, alimentado por la pasividad y cobardía de unos vecinos que preferían callar e ignorar antes que ayudar de alguna manera a una madre y a un hijo desesperados. Un año y medio en el que la única felicidad que sentía Rosa era ver cómo su hijo conseguía evadirse del infierno que compartían gracias a las cintas de videoclub, a los muñecos y a los tebeos.

Esa tarde, unas horas antes de sentarse delante del televisor para disfrutar del nuevo VHS de dibujos animados de G.I. Joe lanzado al mercado (que el propietario del videoclub, el señor Lucas, le había reservado diligentemente para que lo pudiera alquilar ese fin de semana), Iván se encargó de hacer unos recados para Rosa. Volvía a casa disfrutando de la sencilla pero agradecida iluminación de Navidad que adornaba el barrio, con los mandados cumplidos y bien abrigado con su anorak verde, después de pasar por la droguería de la señora Inés donde, entre otras cosas, había comprado dentífrico. Él de-

cidió adquirir la pasta de dientes en ese pequeño comercio de barrio y no en el supermercado, tal y como le había encargado su madre, porque sabía que la señora Inés aún vendía en su tienda una promoción anterior de la marca Colgate que regalaba un pequeño muñeco de la serie animada *La llamada de los Gnomos* con su compra. Iván caminaba hacia su casa mientras contemplaba maravillado la figurita del Juez Klaus que había conseguido junto al tubo de Colgate, valorándola por encima de lo que seguro merecía aquella figura promocional de plástico barato y pensando en que debería ocultarla para que no la pudiera ver su padre, ya que, en las pocas ocasiones en las que padre e hijo coincidían, Mateo no pasaba la oportunidad de gritar a Iván reprochándole que con sus trece años aún coleccionara muñecos y tebeos y siguiera viendo *"esos estúpidos dibujitos"*.

"A tu edad yo ya estaba harto de trabajar. Aún te comportas como un crío idiota y ya deberías ser todo un hombre" le solía decir su padre cada vez que se cruzaba con él en casa.

Unos pocos metros antes de llegar a su portal, al girar la esquina de su calle y justo después de dejar atrás la ferretería del señor Paco, Iván tenía que realizar una parada obligatoria para él: la juguetería San Diego. Cada día y en toda ocasión en la que el muchacho bajaba a la calle, Iván se sentía obligado a dedicar sus buenos diez minutos a contemplar los juguetes que se mostraban en su escaparate. Era algo que, por mucha prisa que el chico tuviera, no podía evitar. Esos instantes ante el cristal del comercio, atraído como una polilla a la luz, donde escudriñaba las novedades si las había o repasando las figuras y vehículos de diferentes colecciones que ya conocía y anhelaba tener, suponían uno de esos pocos oasis de calma que Iván encontraba para lograr evadirse y evitar pensar en lo que podría esperarle en casa.

Detrás de ese para Iván mágico cristal, y a lo largo de los años, habían desfilado las líneas de figuras de acción más exitosas y reconocidas entre los niños y otras que pasaron con más

pena que gloria. Quizás los últimos años habían sido difíciles y no habían llegado muchos juguetes nuevos a su colección, pero para el chico ya era todo un consuelo y privilegio el tener una juguetería tan cerca de casa y con la suerte, además, de que esta contara con un propietario que sentía verdadero cariño por su profesión y que disfrutaba montando en su escaparate vistosos dioramas para disfrute de los chavales del barrio, utilizando para ello los muñecos que tanto le apasionaban a él.

Allí descubrió Iván, por poner unos pocos ejemplos, a los primeros robots de la línea Transformers que la juguetera MB trajo a España, al Marshal Bravestarr de Mattel, cuya colección estaba ambientada en un futurístico Far West espacial, a los Airgam Comics Super Stars de la empresa Airgam, personajes que plagiaban sin pudor alguno a muchos de los héroes y villanos de los cómics Forum y Zinco que leía, a varios de sus queridos Masters del Universo, a los héroes Marvel de Secret Wars y a los primeros personajes de la que en ese momento era su colección favorita: Los G.I. Joe, valientes héroes internacionales que luchaban sin descanso (y con un imponente arsenal bélico) contra el malvado grupo terrorista Cobra.

Aquella tarde, el vistoso escaparate de la juguetería con su maravilloso contenido no parecía ofrecer nuevas sensaciones, ya que no mostraba ningún cambio desde inicios de esa semana. Desde el interior del establecimiento, el señor Antonio, dueño de la juguetería, reconoció a Iván y alzando su mano llamó la atención del muchacho:

—¡Iván, chiquillo! ¡Pasa! ¡Acabo de abrir un lote de G.I. Joe que he recibido de MB! ¿Te apetece verlos?

No era la primera vez que Antonio mostraba esa amabilidad con Iván, al fin y al cabo, conocía al niño desde que nació y sabía de su devoción por las colecciones de muñecos. De su tienda habían salido la práctica totalidad de los juguetes que el chico poseía y siempre le había tratado con enorme cariño, considerándolo un joven amigo.

Iván corrió al interior de la tienda, con un entusiasmo que sorprendería a quien fuera conocedor de lo que el joven sufría en su casa. Para él, la juguetería San Diego era el lugar más feliz del mundo. Allí nunca pasaba nada malo.

Situado tras el mostrador, después de colocarse sus gafas de gruesa moldura y abrocharse los tres botones de su roída rebeca, el amable dependiente comenzó a extraer del interior de una caja de transporte de mercancía color marrón con el logotipo de la juguetera ***MB*** estampando en ella, y con sumo cuidado, los ilustrados cartones provistos con una pequeña burbuja de plástico que contenían esas figuras tan deseadas por Iván.

—¡Mira, Iván! ¡Aquí tenemos a Hawk, el general en jefe! —dijo Antonio con una sonrisa mientras no paraba de sacar Hawks del interior del embalaje. Era un personaje de marcado aspecto militar, con pantalones de camuflaje, casco de combate y cazadora de piloto—. **Seis unidades de Hawk, todo correcto.** —Antonio cogió un lápiz y garabateó algo en el libro de cuentas que utilizaba para realizar su control de inventario.

Iván asistía al rutinario proceso de recepción de producto como si fuera testigo de la apertura del arca de la alianza. Para él, pocas cosas podía haber más importantes en el mundo que presenciar la llegada a la juguetería de esas nuevas figuras de G.I. Joe y así lo demostraba con una continua expresión de risueña felicidad. Antonio, consciente de ello, se hacía partícipe de la experiencia y engalanaba el momento utilizando expresiones rimbombantes que incrementaban la ilusión del muchacho. Casi podría decirse que el dependiente de aquella juguetería quería hacerse pasar por prestidigitador al introducir de nuevo sus manos en la caja de cartón para sacar de ella una nueva tanda de figuras:

—¡Veamos ahora qué maravillas nos vamos a encontrar procedentes de esta caja! ¿Es una simple caja de cartón? ¡No, señor! ¡Aquí dentro tenemos a los fabulosos héroes internacionales!

Iván estaba impaciente por descubrir qué nuevo personaje saldría de aquella caja **—. ¡Vamos, Antonio! ¡Quiero ver qué más hay ahí dentro!**

—¡No sea impaciente, caballerete! —contestó con sorna el juguetero**—Aquí tenemos a… ¡Kung Fu el imbatible! —**Antonio depositó en manos de un emocionado Iván el primer blíster de ese personaje que había sacado de la caja mientras continuaba extrayendo el resto.

—¡GUAU! —Exclamó el chico observando atentamente la figura y la ilustración que representaba en el embalaje a un personaje asiático a pecho descubierto y en acción de lucha—. **¡Se parece a Bruce Lee! ¡Cómo mola!**

—Seis unidades de Kung Fu, correcto también. Seis Hawk y seis Kung Fu. Era lo que había pedido. Por una vez estos de MB no se han equivocado —pensó Antonio en voz alta mientras recogía del mostrador el embalaje que transportaba a las doce figuras recibidas con la intención de depositarlo en el cubo de basura que se encontraba en la puerta de la tienda. Al hacerlo, sintió que algo se movía en su interior al zarandear la caja.

—Un momento. Aquí tenemos algo más.

Al oír a Antonio, Iván dejó la figura que tenía en sus manos junto a sus hermanas y dirigió la mirada hacía él, esperando ese último descubrimiento sorpresa que les iba a deparar aquel simple envoltorio de cartón.

—¿Y esto? ¿Qué es? —preguntó Antonio a Iván mientras le mostraba el inesperado último objeto que aguardaba en el fondo de la caja, oculto debajo de las doce unidades de figuras que había encargado por teléfono semanas antes al comercial de la juguetera.

Antonio tenía en sus manos otro muñeco de la colección G.I. Joe, pero se trataba de un personaje que ni coleccionista ni juguetero podían identificar.

—Qué extraño... A este tipo no le he visto en ningún catálogo... ¿Tú lo has visto en la serie de dibujos, Iván?

El chico cogió el blíster entre sus manos con la delicadeza de a quien le entregan una obra de arte de incalculable valor. Observó la figura durante unos segundos y se sorprendió con aquel personaje al que era incapaz de reconocer de entre todos los integrantes de la colección que había visto en los anuncios televisivos de los G.I. Joe, en sus catálogos de figuras, en la publicidad que se incluía en sus tebeos o en la propia serie animada.

Aquel muñeco llevaba, tanto en la ilustración del cartón como en su pequeña representación plástica, un casco similar al del Comandante Cobra, pero de un vistoso color morado en lugar del azul del líder enemigo de los G.I. Joe, lucía un torso descubierto cuya única vestimenta era una bandolera táctica cruzada repleta de munición de gran calibre, unos guantes negros con el logotipo de la amenazante serpiente de la organización Cobra grabado en cada uno de ellos y unos pantalones del mismo color acompañados de unas botas paramilitares. Como armamento, con la figura venían incluidos un imponente lanzacohetes y dos subametralladoras UZI de 9mm. A Iván, desde que conoció la línea de juguetes unos meses antes, siempre le había maravillado la cuidada recreación de armas reales que se incluían con las figuras. Imaginaba lo imponente que se debería ver aquel desconocido soldado de Cobra armado con su arsenal y colocado en posición de ataque, y de inmediato pensó que, si ese año tenía la suerte de recibir un regalo en casa por Navidad, sin duda querría que fuera ese impactante juguete. Su mirada se dirigió rauda a la parte superior de la burbuja de plástico del blíster, justo encima de donde se encontraba la figura, buscando el lugar donde la juguetera informaba del nombre del personaje en cuestión.

—"*Sargento Supra*" ... ¡Este sí que un nombre molón! ¡Y lleva el emblema de Cobra en los guantes y en el cartón! Es uno de los malos...

Antonio sonreía al ver la alegría del muchacho al descubrir ese llamativo soldado de plástico, realmente era contagiosa la ilusión que el chico mostraba por aquellos pequeños juguetes.

Iván giró el envoltorio de la figura buscando en la parte trasera del blíster la habitual ficha de personaje que los G.I. Joe de MB siempre incluían en el cartón. Esas fichas eran una escueta BIO que permitía a los niños conocer más sobre los muñecos protagonistas de esa colección de figuras, aportando datos sobre sus orígenes, especialidades bélicas y conocimientos militares o informando sobre en qué rama del ejército servían antes de enrolarse en los Joe en el caso de los héroes o de la trayectoria de fechorías que acumulaban en el de los personajes malvados.

—¡Vaya! ¡La ficha está vacía! No habla nada de este tío, aquí solo pone "pendiente de diseño final".

—¿Sí? Quizás sea un prototipo de figura que aún no se haya aprobado para la venta, muchas veces se crean a modo de prueba versiones finales de los juguetes con su embalaje... Lo que está claro es que por algún motivo alguien se ha liado en MB y este chico malo acabó en mi pedido —explicó Antonio a su joven amigo mientras este le entregaba, con cierta resignación, el inesperado juguete.

—Yo, desde luego, no he visto nada del sargento Supra en ningún sitio... Seguro que es un personaje nuevo que aparecerá en los tebeos y en los dibujos próximamente — comentaba Iván mientras observaba al veterano dependiente colocar el blíster del sargento Supra en un lugar destacado del escaparate. Ese gesto le sorprendió:

—¿Lo vas a vender? ¡Si es un prototipo puede ser único en el mundo!

—¡Qué remedio me queda! Las cosas no van bien en la tienda últimamente... Casi no parece ni Navidad. Ya se sabe, la crisis... Qué ganas tengo de que se acabe la maldita crisis... ¡A ver cuándo los socialistas dejan el gobierno de una vez! ¿Has

visto hoy en el *Telediario* cómo ha ido Felipe González a recibir a Reagan al aeropuerto? ¡Si en el 82 el tío gritaba lo de "OTAN no, bases fuera"! ¡Panda de hipócritas estos del PSOE!

Antonio siempre culpaba de todo a los políticos gobernantes y hablaba en muchas ocasiones de cosas que Iván no entendía, como la entrada de España en la OTAN, la Guerra Fría, el nuevo impuesto del IVA que parecía molestar a todo el mundo y la inflación. Iván asentía por educación, aunque nada le importaban la política ni la economía y mucho el destino de aquella figura que descansaba ahora detrás del cristal a través del que tanto le gustaba mirar.

—Voy a ver si tengo suerte y mi madre me puede regalar para Navidad ese muñeco. ¿A qué hora cierras hoy, Antonio? —Si la cosa se anima y ya que mañana es Nochebuena, quizás esté aquí hasta las nueve o nueve y media —contestó Antonio después de consultar el reloj que colgaba en la pared —. **¿Quieres que te aparte la figura, chico?**

Por un momento, Iván tuvo la tentación de responder a su amigo que no vendiera la figura en su ausencia y esperara su regreso en unas horas, pero ya era muy consciente de la difícil situación económica en su casa y asumía que su madre, pese a que intentara realizar el esfuerzo, tendría muy difícil disponer de las casi setecientas pesetas que costaban los G.I. Joe (impuesto del IVA ya incluido). Con esta deducción, y con toda su buena intención, el chico no quería que su amigo pudiera perder la oportunidad de vender esa figura a algún comprador con tan buen gusto como él:

—No te preocupes, Antonio. No creo que me la pueda comprar. No quiero que me la apartes y al final pierdas una venta —argumentó Iván con sincera tristeza.

Antonio se compadeció del joven:

—Hacemos una cosa, no puedo permitirme no vender la figura, pero si bajas esta tarde a por ella te la dejo en quinientas pesetas. ¿Te parece bien?

Quinientas pesetas era un buen precio por un G.I. Joe (y más hablando de una edición tan especial) pero seguía siendo un importe considerable para los Máldez en los momentos tan difíciles que atravesaban. Iván prefirió no comprometerse a bajar más tarde a por la figura y se despidió de su amigo deseándole una feliz Navidad. Al salir del establecimiento, se detuvo un instante ante el escaparate para echar un último vistazo a ese juguete que deseaba poseer con cada fibra de su ser desde que lo había sostenido en sus manos. Empezó a nevar y pequeños copos de nieve comenzaron a caer lentamente sobre él mientras se despedía de forma solemne de aquel soldado de diez centímetros con un leve susurro:

—Adiós, sargento Supra.

En el corto camino que Iván debía recorrer desde la juguetería de Antonio hasta su portal, los pensamientos del muchacho no dejaban de buscar las palabras exactas con las que intentar convencer a su madre de que, en el caso de poder tener regalo esa Navidad, debía sin duda de ser aquel sargento Supra de la organización Cobra del que había quedado prendado. Sí, la situación económica en casa no era la mejor, pero al fin y al cabo tan solo había recibido como regalo de cumpleaños un retapado de cinco números del *Spiderman* de Cómics Forum y las notas de ese trimestre habían sido muy buenas. Además, quinientas pesetas por una figura tan rara de G.I. Joe podría ser una inversión única. Su madre seguro que lo entendía.

Mientras subía las escaleras y ascendía por los cuatro pisos de su bloque de vecinos, Iván no paraba de tatarear la canción de la serie de G.I. Joe, una canción que tenía grabada a fuego debido a las muchas veces que había disfrutado con las aventuras animadas del valeroso grupo de soldados de elite:

"G.I. Joe
A real American hero
G.I. Joe is there…"

El chico no dejaba de canturrear el pegadizo tema cuando entró en el domicilió y se encontró con el agradable olor de las rosquillas caseras que su madre solía preparar todas las Navidades. No se trataba de un dulce típicamente navideño, pero en casa de los Máldez siempre había existido la tradición de consumirlo en esas fechas. Era habitual en Navidad que Iván merendara esas riquísimas rosquillas mientras veía algunos episodios de sus dibujos animados favoritos.

De haber llegado a casa tan solo unos minutos antes, Iván se habría encontrado a su madre llorando, mientras moldeaba con sus manos la masa de las rosquillas antes de introducirlas en el horno. Que Rosa llorara era una escena tristemente repetida en ese hogar y que siempre sucedía a espaldas de Iván. Una escena en la que una madre no podía contener la tristeza que la consumía, superada por vivir en un infierno donde lo único bueno era su hijo, pero que encontraba la fuerza necesaria para permitirse únicamente mostrar debilidad cuando se encontraba a solas.

Desde la cocina, Rosa escuchó a Iván abrir con su llave la puerta de la casa y el rostro de la mujer mostró la más sincera de las sonrisas al ver al joven entrar. Esa sonrisa encontró rápida réplica en la que se formó en el rostro de su hijo.

—Hola, mamá… Esto... He visto algo en la juguetería de Antonio que me gustaría muchísimo tener…

Rosa quizás había escuchado mil veces esa frase, pero era cierto que el niño no pronunciaba esas palabras desde hacía bastante tiempo, desde que las cosas en casa se empezaron a torcer en muchos sentidos.

—¿Y cuándo has visto algo en la juguetería de Antonio que no hayas querido tener? —replicó Rosa con ironía.

—¡Pues muchas veces! ¡Jamás te he pedido una Barbie!

Madre e hijo rieron al unísono.

—¡Anda, bichejo! Tira para la salita a ver esos dibujos que te has traído del videoclub… Ahora te llevo el Cola Cao y unas rosquillas.

Iván buscó nervioso entre las bolsas de los recados la caja del Videoclub Lucas que contenía el más reciente VHS de G.I. Joe y con ilusión desbordada lo introdujo en su aparato de vídeo mientras leía en la carátula de la cinta, justo debajo del sencillo logo del videoclub y como cientos de veces ya había hecho con anterioridad, una frase que ya conocía de memoria: ***"Por favor, recuerde rebobinar la cinta una vez finalizado su visionado"***.

Rosa, cumpliendo su palabra, entró un momento después en la pequeña estancia con dos rosquillas y un cacao. Sencillas pero agradecidas viandas que llegaban servidas, como ya era habitual, en un plato y un vaso, ambos de color verde, que formaban parte de una eterna vajilla Duralex que Iván conocía desde que tenía uso de razón.

La música de la cabecera del capítulo de G.I. Joe comenzó a salir de los altavoces del televisor.

—Te ha dado fuerte por estos soldaditos—dijo Rosa mientras observaba en la pantalla a los héroes en acción.**—A ver, dime qué es eso tan chulo que has visto en la tienda de Antonio.**

—Buah, mamá, no te lo vas a creer… ¡Antonio ha recibido una figura prototipo en un pedido de G.I. Joe! ¡Y es uno de Cobra! ¡De los malos! Puede que sea la única figura de ese personaje que ahora mismo haya en España… ¡O en el mundo! ¡Se llama sargento Supra!

El enternecedor entusiasmo de Iván conmovió a su madre.

—¡Pues sí que parece un sargento molón!... ¿Y cuánto cuesta?

—Quinientas pelas… ¡Antonio me hace precio!

Rosa acarició la cara de su hijo.

—Iván, cariño… Necesitas ropa… Y son quinientas pesetas… Además, sabes que a tu padre no le hace ninguna gracia que sigas aún con muñecos… Y me gustaría no tener

problemas con él durante estas fiestas. A ver si al menos tenemos unos días de paz.

—Lo sé, mamá. Lo entiendo… No te preocupes, de verdad.

Iván, comprensivo, mordió una rosquilla y volcó su atención hacia el televisor, dispuesto a sumergirse en la nueva misión de los Joe que se mostraba en las 625 líneas de la pantalla. Mientras, Rosa se preguntaba a sí misma por qué todo tenía que resultar tan difícil, por qué no podía consentir un mínimo capricho por Navidad a su único hijo, a un pobre niño que se había visto forzado a convivir con el sufrimiento durante los últimos dos años. Asumiendo que ya nada le debía al hombre que convivía con ellos y mucho a su hijo, Rosa se sentó al lado del muchacho y le habló:

—Mira, cariño, el señor Matías, el presidente de la comunidad de vecinos del número veintiséis, me ha dado un aguinaldo de mil pesetas. Dice que en todos estos años nadie se ha esmerado como yo en la limpieza de la escalera y que me lo merezco. Hacemos una cosa, te doy el dinero y bajas a por ese muñeco que tanto quieres. Será mi regalo de Navidad… ¡Pero luego me traes la vuelta!

La felicidad que inundó a Iván al escuchar esas palabras fue evidente para Rosa al presenciar un rápido cambio de gesto en el muchacho, que tornó su semblante apagado en una vivaz expresión, acompañada de un grito de júbilo.

—¡Mil gracias, mamá!

Rosa se levantó y se dirigió al pequeño y mal iluminado pasillo de entrada del humilde hogar donde tenía por costumbre dejar su bolso cada vez que entraba en la casa, encima de un pequeño y avejentado mueble recibidor. Cogió su monedero y de él sacó el billete de mil pesetas con el rostro impreso de Benito Pérez Galdós al que se había referido instantes antes con la intención de entregárselo a su hijo. En ese preciso momento Mateo abrió la puerta del piso, encontrándose de frente a su mujer nada más entrar en la vivienda. Fiel a la deplorable

costumbre que había asumido como rutina en los últimos dos años, el padre de familia volvía a estar completamente borracho y desprendía ese fuerte olor a alcohol barato que tanto asqueaba a Rosa y al que esta aún no se había acostumbrado.

—¿Qué demonios andas haciendo? —preguntó el hombre a su esposa.

—Nada —contestó Rosa, intentando ocultar las mil pesetas de la vista de su esposo con un torpe gesto que no pasó desapercibido para Mateo.

—¿Qué llevas ahí? —Le gritó a su mujer, que se giró dándole la espalda.

—Nada —repitió Rosa.

—¿Te crees que soy idiota? ¡Te he preguntado qué llevas ahí! —El borracho, agarrando con fuerza la muñeca de su esposa, le forzó a abrir el puño donde la mujer trataba, de manera infructuosa, de ocultar el billete que sabía sería motivo de cólera para su marido. Descubriendo así en la mano de Rosa lo que estaba intentando ocultar.

—¿Y esto? ¿Qué leches ibas a hacer con estas mil pesetas?

Rosa, luchando por evitar una nueva discusión violenta, intentó apelar a la desesperada a lo que pudiera quedar del corazón de Mateo, buscando algo del hombre que había sido anteriormente dentro de aquel ser desaliñado, malvado y furioso:

—Eran para el regalo del niño… Mañana es Nochebuena.

La dubitativa y nerviosa respuesta encolerizó a Mateo aún más. Sin soltar el brazo de su esposa (brazo que mostraba moratones de otros lamentables episodios similares) el hombre estalló en mil y un exabruptos. Al terminar la ráfaga de insultos soltó el brazo de su esposa, no con la intención de liberarla, lo hizo solo para permitirse empujar a la mujer contra el suelo. El billete que fue origen de la disputa cayó junto a ella, balanceándose frente a Rosa en el aire un breve instante como lo hace la hoja desprendida de un árbol en otoño antes de terminar su recorrido.

Sin ningún síntoma de arrepentimiento por el horrible trato dado a su esposa, Mateo se quitó el cinturón de cuero con hebilla de acero de su pantalón, se volteó y centró su atención en Iván. Al contemplar la violencia con la que su padre había tratado a su madre, el muchacho quedó totalmente paralizado por el miedo y parecía desprovisto de cualquier capacidad de reacción.

El gesto amenazante del hombre, que blandía su cinturón a modo de improvisado látigo mientras caminaba con la torpeza propia de un borracho, hizo comprender a Rosa que Mateo estaba dispuesto a cruzar la única línea roja que ella no iba a tolerar: que su pequeño sufriera daño a manos de aquel maldito e insensible alcohólico.

El brazo de Mateo, cinturón en ristre, se alzó al llegar frente a Iván.

—Ha llegado la hora de que te hagas un hombre. Se acabaron los dibujitos y la mierda de los muñecos.

A Iván el terror le impedía moverse, pero su cerebro no dejaba de preguntarse si lo que estaba viviendo en su casa era real y no la consecuencia de una pesadilla producida al acostarse después de haber visto *Pesadilla en Elm Street* en la televisión. ¿Cómo su padre había podido convertirse en tamaño monstruo? ¿Realmente se trataba de la misma persona que le subía sobre sus hombros de niño y le regalaba figuras de Masters del Universo? ¿Qué había podido pasar? ¿Acaso siempre había sido un mal hombre y la pérdida de su empleo simplemente liberó a su bestia interior?

Todos estos pensamientos de Iván, incapaces de ser procesados por la mente de un niño sin duda más inmaduro de lo que se supone debía ser a su edad, transcurrían en su mente a velocidades imposibles, dejándole bloqueado por completo e impidiéndole mostrar oposición a lo que estaba sucediendo. A duras penas pudo el chico llegar a realizar un simple movimiento instintivo de protección colocando sus

brazos cruzados delante de su rostro cuando sintió el aire cortarse por el movimiento raudo del cinturón de su padre dirigiéndose contra él.

Iván cerró los ojos y, para su sorpresa, el golpe que esperaba no llegó. Al abrirlos, descubrió a su madre sujetando el brazo de Mateo con todas sus fuerzas, más de las que se podían haber intuido en el delgado cuerpo de la mujer, impidiendo así que recibiera el temido latigazo.

—No vas a pegar a mi hijo, maldito monstruo. Ni ahora ni nunca. —La firmeza y autoridad en la voz de Rosa confundió por unos breves segundos a Mateo, nada acostumbrado a recibir oposición en su casa. Sintiéndose intimidado por su propio momento de duda, pero decidido a demostrar por la fuerza que solo él tenía poder en esa familia, se zafó de Rosa con ímpetu. La mujer volvió a verse en el suelo. Sabiéndose vencida y comprendiendo lo que iba a pasar, entendiendo que nunca se había enfrentado a su marido de esa forma y que este no pasaría la afrenta por alto, Rosa trató de proteger a su hijo ofreciéndole a este una llave que le permitiera escapar de allí.

No solo escapar de forma física, si no también dando al muchacho una oportunidad que le permitiera cruzar a uno de sus mundos de fantasía, a uno de esos lugares felices para Iván donde este se sentía protegido de todo lo malo que ocurría a su alrededor, por muy terrible que fuera aquello que podría pasar. Aunque fuera algo tan horrible como lo que seguro estaba a punto de suceder allí.

—¡Iván, coge el dinero y ve a por tu regalo! ¡Vete ya! ¡Corre!

Iván dudó. No sabía si debía obedecer. No sabía qué hacer. Se limitaba a observar a su madre, tirada en el gastado suelo de madera del piso, a través de una cortina de lágrimas.

Mateo se quedó quieto, quizás esperando la reacción de su hijo para poder decidir cuál sería su próximo movimiento siniestro. Rosa volvió a gritar al niño.

—¡Coge las mil pesetas y ve a por ese muñeco!

El muchacho temblaba, no sabía cómo poder ayudar a su madre. Ni sabía cómo enfrentarse a su padre.

Rosa, intuyendo que Mateo volvería a centrar su furia en Iván si este permanecía en la casa, se levantó con esfuerzo del suelo para acercarse al chico. Intentando ocultar el dolor físico que sentía, cogió el billete de mil pesetas y se lo ofreció a su hijo. Ante ese gesto, su marido volvió a mirarla con ojos llenos de furia e hizo intención de levantar de nuevo su improvisado látigo contra ella.

Sin amedrentarse, Rosa le mostró la palma de su mano en un gesto que el hombre interpretó como queriendo decir "espera un momento". Por algún motivo, del cual solo podríamos especular, Mateo aceptó, a regañadientes y farfullando, la petición no verbal de Rosa.

—Cariño… —Rosa habló a Iván con voz entrecortada, aguantando daño y lágrimas**—. Papá y yo vamos a hablar de lo que ha pasado aquí y seguro que lo vamos a arreglar —.** Su mano depositó las mil pesetas entre las manos del chico**—. Déjanos solos, por favor. Ve a por ese muñeco, será tu regalo de Navidad.**

Iván, entre lágrimas, se colocó su anorak y se dirigió hacia la puerta mientras introducía aquellas malditas mil pesetas, causantes del enfrentamiento del que fue indeseado testigo, en uno de sus bolsillos. La música del cierre del episodio de G.I. Joe que se estaba reproduciendo en el aparato VHS llenó la estancia mientras el chico se planteaba si hacía lo correcto al dejar a su madre sola con aquel hombre al que ya le costaba gran esfuerzo llamar "papá". Esa sintonía procedente desde el televisor advirtió a Mateo que antes de su llegada su hijo había estado viendo esos dibujos animados que tanto le enfurecían y no dejó pasar la oportunidad de expresar su opinión:

—Entre tu madre y esta basura para críos que tanto te gusta ver tienes totalmente podrido el cerebro, chico.

Ignorando las palabras de su marido, Rosa dio un cariñoso beso en la mejilla a su hijo y le abrazó. Después, lentamente, le subió con delicadeza la cremallera de su abrigo y le sonrió. Aquella sonrisa de su madre no hacía inapreciable para Iván el mal contenido llanto de esta y la desbordada pena que sus ojos mostraban.

Mientras salía del que fue tiempo atrás un feliz hogar, su madre cerraba tras él la puerta. Iván, encontrándose ya solo en el descansillo de la escalera, escuchó desde allí hablar a su padre dentro del piso. Hablaba de manera algo torpe, con esa poca claridad que el exceso de alcohol le causaba, pero con un tono indudablemente amenazante:

—Ya estamos solos, como querías. Ahora vamos a hablar seriamente tú y yo.

Iván se colocó los auriculares de su reproductor de casete portátil y las primeras notas del ***Land of confusión*** de **Genesis** comenzaron a sonar. Coincidiendo con las primeras palabras entonadas por Phil Collins en la canción (***"I must've dreamed a thousand dreams…"***) un fuerte golpe pareció salir de su casa. Iván, al sentirlo y conducido por un puro y visceral miedo, corrió escaleras abajo intentando escapar lo más lejos posible de aquello que le parecía la peor de las pesadillas, de esa situación turbadora que seguro no podía ser real. Antes de llegar al tercer piso, sintió el sonido de otro golpe. Al bajar aún más hasta el segundo, otro más. Continuó corriendo hasta salir del portal, alcanzó la acera y subió calle arriba sin bajar por un momento el ritmo hasta llegar, falto de aliento y con los ojos henchidos en lágrimas, a la juguetería de Antonio.

Al ver a su joven amigo cruzar la entrada de la tienda en semejante estado, el dependiente se sobresaltó.

—Iván, chico… ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué pasa? —Le dijo mientras retiraba de la cabeza del muchacho los auriculares de su reproductor de música portátil.

Iván no lograba articular palabra, su cuerpo temblaba y sus intentos por expresarse acababan siendo sonidos ininteligibles, casi guturales.

—Iván… Sé que en tu casa ocurre algo, todo el barrio lo sabe. ¿Es tu padre? ¿Ha hecho algo? ¿Quieres que llame a la policía?

Iván miró a los ojos de Antonio. No sabemos si llegando a valorar la posibilidad de contar al otro único adulto con el que se relacionaba, además de sus padres y su abuela, aquello que pasaba en su familia. Su madre le había pedido siempre que no contara lo que sucedía en su casa. Entre sollozos y con gran esfuerzo, el chico logró pronunciar unas palabras:

—Vengo… a por… el sargento… Supra.

Antonio, en un acto instintivo y lleno de compasión y ternura, abrazó al muchacho. Después se dirigió al escaparate y de allí, de su colocación destacada entre las novedades, sacó la figura que el joven tanto deseaba, o que incluso necesitaba, y se la entregó. Iván buscó en su bolsillo el billete de mil pesetas que le había entregado su madre y con el que pensaba pagar el juguete.

No fue necesario dar el dinero al tendero, ya que este, conmovido por el estado en el que se encontraba el chico, decidió no cobrarle la figura.

—No te preocupes, Iván. Yo te la regalo —Antonio colocó su mano en el hombro de su pequeño amigo.

Iván, ya con el blíster de la nueva y rara figura entre sus manos, no podía para de llorar.

—Puedes pasar la tarde aquí. Entra al almacén si quieres, hay unas cajas de El imperio Cobra de Cefa en la mesa del centro. Abre una de ellas y cuando estés más tranquilo nos echamos una partida.

Antonio trataba de consolar así a Iván, pero este salió corriendo del local con su nuevo muñeco sin llegar a mediar palabra. No quería estar con nadie. No necesitaba estar con

nadie. Entró de nuevo en el portal de su edificio, pero evitando regresar a su casa se refugió en el pequeño trastero comunitario del sótano donde los vecinos guardaban diferentes cachivaches. Al entrar en él, necesitó unos momentos para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad de aquel cuartucho. A tientas, encontró el cordel que encendía la bombilla del techo y tiró de él.

Ya con la estancia tenuemente iluminada, se agachó en una de las esquinas del pequeño lugar, detrás de las dos bicicletas rojas marca BH propiedad de los gemelos que vivían en el primero, y entre lágrimas abrazó con fuerza el embalaje de su nuevo muñeco.

—Ahora te tengo a ti, sargento Supra… Ahora te tengo a ti.

Como si aquel pequeño trozo de plástico en forma de soldado fuera lo único capaz de tranquilizar al chico, el llanto de Iván cesó. Sus latidos, que momentos antes iban a un ritmo frenético, se normalizaron. Y el temblor que dominaba todo su cuerpo desapareció.

El joven, tal y como había aventurado su madre, había logrado evadirse de la dolorosa realidad que envolvía su vida gracias a su nuevo amigo de juguete. De alguna manera, había olvidado la tragedia que se vivía tan solo cuatro pisos por encima de su cabeza. Aquel horror que se sufría en su casa había dejado, momentáneamente y solo para él, de existir. Liberó a la figura de su protección de plástico y cartón y la examinó más exhaustivamente, de nuevo sorprendido por no conocer a ese extraño personaje.

Con sumo cuidado y mimo la armó con el poderoso arsenal bélico que incluía en su embalaje. Después, la posicionó en el suelo y comenzó a colocarla en diferentes poses de acción y combate. Mientras lo hacía, de su boca salían sonidos que emulaban disparos y explosiones, sumergiéndose más así en la aventura que su imaginación estaba creando para aquel soldado en miniatura.

En los auriculares con forma de diadema y almohadillas de espuma naranja que de nuevo llevaba sobre su cabeza, sonaba el ***Time after time*** de la cantante Cyndi Lauper:

"If you're lost you can look and you will find me
Time after time
If you fall I will catch you I'll be waiting… Time after time"

En su soledad, Iván lanzó un susurro:

—Gracias por ayudarme, sargento Supra… Gracias por protegerme.